



Poesía al amanecer
**Pensando en
Anguita**
Por Miguel Arteche
De la Academia Chilena

Ayer, hasta las tres de la madrugada, hice propicia para leer poesía, en medio del silencio, o tal vez empapado por él, abrí, una vez más, cierto libro.

Que la poesía, como se dice, la lean sólo los poetas parece signo de mal agüero para la salud espiritual del hombre. Las tiradas de estos libros no suben de tres mil ejemplares, en nuestros mundos del subdesarrollo. Y en los que están más desarrollados no pasan de diez mil. Siguo de nuestro tiempo, casi imbecilizado por los medios de comunicación, o para ser más exactos, al borde de la idiotización, como escribía Ortega.

En el tiempo del Chile actual, nadie da un peso por la poesía. A nadie le importa. Y, sobre todo, no se preocupan por ella aquellos que debían amarla. Lugar común: los poetas son las voces de un pueblo. Lugar común: cuando ellos no pueden expresarse, ese pueblo está sordo y ciego. Nuestros periódicos y revistas la ignoran.

Las radioemisoras hacen lo mismo. No hablen de nuestra televisión, rampolana y puchlerina. No produce la poesía, dinero. No está "in". No está de moda, aseguran los tontos que siempre están tras la moda. No interesa. Y luego nos llenamos la boca con la palabra cultura. En qué, según se cuenta, sacaba de sus casillas a Goering.

Nuestro pueblo —otro lugar común, pero qué hermosos son los lugares co-

munes— tiene mala memoria. Este pueblo sólo se mueve cuando se trata de procesiones y de mítines. Eliminados éstos solidariza sólo cuando hay que divertirse o pasarlo bien. (El PE es un partido político que nadie podrá declarar fuera de la ley). Cuando hay que alienarse a través de un deporte que no se practica. Cuando, por ejemplo, hay que reunir dinero para "ver" un partido de fútbol. O cuando alguien ilustre muere. Así cuando Gabriela regresó a Chile, ya en su país de la ausencia. O cuando, viva, volvió a la patria, después de haber recibido el Premio Nobel. Cuánto bullelo, cuánta algazara, y la edición de "Lagar" tardó años en venderse.

Ahora, un buen amigo mío, veraz y objetivo, y de fotográficos ojos, me cuenta recientemente que la tumba de Gabriela se encuentra en lamentable estado. Ojalá que ese amigo me haya mentido, y todo no sea sino una mala invención. Ojalá me equivoque al escribir lo que escribo.

Los Premios Nobel de Literatura. Y un movimiento de poesía que es, sin chovinismo alguno, el más importante de nuestra lengua.

Mientras tanto, alguien declara que nuestra cultura, después de la depravación unipopulista, comienza a renacer.

Hasta la madrugada, pens, y con ese ánimo, lei el libro de un poeta: una antología de sus poemas. No todo lo que ese libro encierra es de igual valor, y no importa que así sea. Con los grandes poetas ocurre algo semejante. Y éste lo es. En esa antología hay algunos poemas que, creo, permanecerán hasta la consumación de la lengua, si es que el mundo dura más de lo que debía durar, tomando en cuenta la mazamorra que con él han hecho los llamados grandes del planeta. Entre esos poemas, los "Sonetos del extranjero", y esos que se llaman "La visita", "El poliedro y el mar", "Venus en el pudridero" y "Liturgia". El primero de éstos, "La visita", está escrito con la misma profundidad y serenidad de un Wordsworth a un Coleridge, es decir, con esa hondura que sólo los grandes poetas, en sus momentos más afortunados — cuando sopla el Ángel, y susurra, desde la tierra, el duende —, suelen alcanzar.

Cerrado el libro, comencé a insinuarse la luz del amanecer. Pensé, antes de dormirme, en Eduardo Anguita, al cual en



muchos años sólo he visto dos o tres veces. Y en estos poemas incluidos en "Poesía entera". Y pensé, al mismo tiempo, que este poeta, al cual presentamos para que formara parte de la Academia Chilena, perdió la votación, realizada el lunes pasado por sólo dos votos. Y lo que resulta más triste es que, entre los que no votaron por él, se hallaba otro poeta.

La poesía chilena no se merece este desaire. No se lo merece Eduardo Anguita, al cual jamás nos pidió que lo apoyáramos, pues en su vida sólo ha querido ser fiel a su vocación, que en el poeta tiene rasgos parecidos a la vocación trapense.

Llegará la primavera, y vendrá el momento de otorgar el Premio Nacional de Literatura. El mismo que no se concedió a Huidobro. El mismo que se negó a Malmendy y a Durand. El mismo que se dio, por pura vergüenza —ay de la envidia ciega—, a Gabriela, años después de haber ésta obtenido el Premio Nobel.

Y, como en el caso académico, Anguita seguramente perderá la votación. O ni siquiera será mencionado.

M. A.

Pensando en Anguita [artículo] Miguel Arteche.

AUTORÍA

Arteche, Miguel, 1926-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pensando en Anguita [artículo] Miguel Arteche. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile